

"Tango de muerte"

Discurso de Florencio Domínguez

El 1 de diciembre de 2007, dos jóvenes guardias civiles, Fernando Trapero y Raúl Centeno, fueron asesinados a tiros en la localidad francesa de Capbreton por miembros de ETA. La noticia se conoció enseguida y no pasó mucho tiempo antes de que pudiéramos escuchar en alguna radio que era la primera vez que ETA asesinaba en Francia.

Evidentemente, el dato era falso, pero ponía de manifiesto lo limitado de la memoria de muchas personas que actúan en la vida pública -en este caso periodistas-.

En estos tiempos en los que se ha hecho de la memoria histórica una religión oficial, sorprende que estemos tan prestos a retroceder tan lejos en nuestro examen del pasado y no seamos capaces de tener presentes hechos mucho más actuales protagonizados por una organización terrorista que sigue matando todavía hoy.

No, Fernando Trapero y Raúl Centeno no fueron las primeras personas asesinadas por ETA en Francia, ni siquiera los primeros policías. Son, al menos, nueve las víctimas mortales de ETA en territorio francés, entre ellos dos inspectores de policía, José María González Ituero y José Luis Martínez Martínez, asesinados en 1976. Pero antes que ellos lo habían sido Humberto Fouz, Fernando Quiroga y Jorge García, los tres protagonistas de la novela de Mikel Azurmendi.

Con frecuencia, colegas periodistas de otros países me preguntan cómo es posible que ETA siga subsistiendo después de tantos años, cuando no es una organización tan grande, ni tiene tanta gente en sus filas. Y tengo que explicarles que, en efecto, no son tantos, pero han tenido la suerte histórica de tener durante mucho tiempo el "santuario francés" a veinte minutos de San Sebastián. Eso les ha permitido instalar sus estructuras dirigentes a salvo de la policía española, almacenar armas y explosivos, tener infraestructura de ocultación de sus miembros, lugares de adiestramiento, de cobro de la extorsión y hasta lugares de enterramiento de los muertos que quieren ocultar. La actitud de las autoridades de Francia cambió hace tiempo, pero no tiene arreglo el mal provocado por su larga tolerancia con los terroristas.

Tengo que reconocer que cuando tuve noticias de que Mikel Azurmendi había publicado una novela que tenía como argumento el secuestro, asesinato y desaparición de los tres jóvenes gallegos, en 1973, me sentí sorprendido. No me sorprendía que Mikel se ocupara del caso de unas víctimas del terrorismo porque es públicamente conocida su trayectoria personal desde hace mucho tiempo, su compromiso ético y político, mantenido contra viento y marea y a costa de arrostrar no pocas adversidades profesionales y sociales, además de peligros personales.

Entraba dentro de la lógica de su peripecia vital y, además, Mikel ya se había ocupado de relatar la experiencia traumática de otras víctimas de ETA. Recuerdo un extenso artículo publicado en el diario ABC el 18 de febrero de 2007, en el que Mikel Azurmendi reconstruye, con una pluma envidiable, la explosión de una bomba trampa colocada por ETA en un automóvil estacionado en los aparcamientos de unos grandes almacenes de Madrid. La explosión, ocurrida el 12 de junio de 1985, causó la muerte al miembro de los tedax de la Policía Nacional Esteban del Amo y dejó gravemente herido a su compañero Gerardo Puente.

En su artículo, Azurmendi no sólo reconstruía el atentado sino, sobre todo, describía de forma magistral el infierno que fue durante muchos años la vida del policía superviviente de aquel acto terrorista, a causa de las lesiones físicas y las secuelas psíquicas que le quedaron.

Que ahora Mikel Azurmendi se ocupara de los desaparecidos Humberto, Fernando y Jorge no me sorprendía nada. Me pareció, simplemente, que quería darnos a todos un toque de atención evocando aquellas muertes que fueron silenciadas cuando se produjeron y de las que sólo nos hemos acordado fugazmente en años recientes gracias sobre todo a las iniciativas de Coral Rodríguez, sobrina de Humberto.

Lo que me llamó la atención era que el autor eligiera la novela como género para recrear la suerte, la desgraciada suerte, de los tres protagonistas involuntarios. Conocemos a Mikel Azurmendi por su condición de ensayista en materias relacionadas con su especialidad académica, la antropología, pero también con la sociología, la filosofía, la historia y el pensamiento político. Y ahora, en cambio, se ha atrevido a enfrentarse a reconstruir una realidad dramática a través de una novela en la que se mezclan a partes iguales la historia con el género policíaco.

Tengo que confesar que soy seguidor de especialistas de ese género como John Le Carré, Ian Rankin, Batya Gur, Henning Mankell o Alexandra Marinina. Pues bien, creo que "Tango de Muerte" es una novela que no desmerece de ninguno de estos autores clásicos, una novela que va ganando en interés a medida que avanzas en la lectura, como debe ser una buena novela.

El socarrón y añorado Mario Onaindia dijo en alguna ocasión que en Euskadi no se podía escribir novela negra porque en el País Vasco el crimen se reivindica. Mikel Azurmendi, con "Tango de Muerte", ha conseguido demostrarle a Mario que sí se puede hacer novela negra con los mimbres del terrorismo etarra y, además, una novela de calidad. Pero a lo mejor no hay contradicción entre Mario y Mikel ya que éste ha basado su obra en un crimen no asumido por la banda, ocultado y silenciado durante décadas.

Si un nativo de Colombia, que no conoce la existencia del País Vasco ni ha oído hablar en su vida de un tipo llamado Sabino Arana, se pusiera a leer la novela de Azurmendi disfrutaría con ella porque es una obra excelente. No hace falta ser un enterado del 'problema vasco' para sacarle partido a esta novela.

Pero es que el autor no sólo ha hecho una novela policíaca o de acción, en abstracto, sino que ha escrito una obra que se desarrolla en este País Vasco, relatando hechos reales, con algunos personajes a los que podríamos quitar el nombre con que les ha bautizado el autor y señalarles con el nombre real con el que andan o han andado por nuestras calles.

"Tango de Muerte", de entrada, nos recuerda que, treinta y cinco años después de cometidos los asesinatos de Humberto, Fernando y Jorge siguen sin estar esclarecidos sus crímenes y todavía no se han recuperado sus cuerpos. Miembros de ETA los mataron, miembros de ETA los hicieron desaparecer y todavía hoy siguen sin restituir los cuerpos a sus familiares para que les den un entierro digno.

No nos sorprende que los terroristas no tengan un mínimo de humanidad. Todo lo contrario. Pero es que en este caso tampoco las instituciones han estado a la altura de las circunstancias. Ni las instituciones franquistas cuando se produjeron los crímenes, ni más tarde las instituciones

democráticas. Coral Rodríguez, en una conferencia organizada por Gesto por la Paz, recordaba cómo "a casi nadie interesó, en aquellos años finales de la dictadura franquista, investigar este crimen". Y después, cuando la familia pedía a las instituciones democráticas que se ocuparan del tema encontraba buenas palabras pero nada más.

Tenemos una deuda de la sociedad democrática con las familias de Humberto, Jorge y Fernando, como la tenemos también con las familias de Eduardo Moreno Bergareche, Pertur, y de José Miguel Echeverría, Naparra, otros dos desaparecidos a manos de ETA. No es una deuda de reconocimiento social, sino una deuda de justicia penal.

El asesinato es un delito grave, pero hacer desaparecer a las personas es un crimen todavía mayor. En Argentina, los jueces fueron capaces de sortear las leyes de punto final que establecieron la impunidad para los responsables de los crímenes. Y lo hicieron al aplicar a los casos de desaparecidos el criterio de que ese delito no prescribía porque, al no aparecer los cuerpos, el delito seguía cometiéndose cada día, desde que fueron secuestrados, hasta el día de hoy. No era un delito del pasado, sino un delito que siguió cometiéndose después de promulgadas las leyes de punto final y que, por tanto, no les era aplicable la impunidad.

La gravedad de las desapariciones es tal que el Estatuto de Roma de 1998 que crea la Corte Penal Internacional tipifica la desaparición forzosa de personas como crímenes de lesa humanidad y se declara a la Corte Penal Internacional como competente para juzgar este tipo de crímenes.

"Por desaparición forzada de personas -dice el Estatuto aprobado por las Naciones Unidas- se entenderá la aprehensión, la detención o el secuestro de personas por un Estado o una organización política o con su autorización, apoyo o aquiescencia, seguido de la negativa a informar sobre esas personas, con la intención de dejarlas fuera del amparo de la ley por un periodo prolongado".

El Estatuto, además, declara que esa clase de crímenes no prescriben. Por tanto, el caso de los tres secuestrados y desaparecidos en 1973, a la luz del derecho internacional, podría seguir jurídicamente abierto y sus autores, algunos de los cuales andan en libertad sin ocultarse, podrían ser perseguidos.

Mikel Azurmendi, por tanto, nos recuerda que tenemos una deuda de justicia pendiente que debe ser saldada.

En el proceso de paz de Irlanda del Norte, ese que algunos de nuestros convecinos consideraban que era el espejo en el que debíamos mirarnos, una de las exigencias que tuvo que afrontar el IRA fue revelar el destino de un grupo de personas a las que había asesinado y hecho desaparecer. El IRA tuvo, primero, que reconocer su responsabilidad en esos asesinatos, algo que siempre había negado, y luego revelar cuál había el destino de los cuerpos. En algunos casos fue imposible recuperarlos porque habían sido, literalmente, picados en pedazos.

Así que, a la vista de las experiencias de Argentina e Irlanda, la próxima vez que alguien quiera venir a hablarnos de la buena disposición de ETA para buscar la paz, le exigiremos que empiece por contar dónde están esos cinco cuerpos que hicieron desaparecer. Que nos demuestren su

buena voluntad con hechos tan significativos como ese.

Pero su novela va más allá, incluso, de la demanda de justicia para las víctimas, porque nos dibuja el paisaje social del País Vasco en el que ha nacido el terrorismo y del que se nutren las nuevas generaciones de terroristas. Azurmendi nos recuerda cómo la falsificación de la historia por parte de algunos, ante el silencio cómplice de la mayoría, ha alimentado la voluntad homicida de los etarras.

Una reflexión permanente a lo largo de toda la obra es la del arrepentimiento de los miembros de ETA o, más exactamente, la de la falta generalizada de arrepentimiento o, como mínimo, de una autocrítica biográfica, salvo contadas excepciones. Y llega a conclusiones dolorosas, pero no por ello menos acertadas: "los asesinos de entonces seguían apoyando a los asesinos actuales, por reinsertados que aquellos apareciesen ahora en la sociedad", dice el autor que reprocha al nacionalismo su incapacidad para romper los lazos entre los actos terroristas de ETA y los objetivos que se defienden con la violencia.

Esas reflexiones, que aparecen una y otra vez, nos dejan al final el regusto amargo del pesimismo porque se percibe la falta de una reacción suficiente de la sociedad para hacer frente al terrorismo. Y quienes lo hacen -una minoría frente a los que se ponen de perfil para no tener que involucrarse- terminan derrotados.

En el País Vasco se repite la actitud que refleja Woody Allen, en su libro "Cómo acabar de una vez por todas con la cultura", en el que incluye un relato, en clave de ironía, del supuesto barbero de Hitler. "Muchos me han preguntado si tenía conciencia de las implicaciones morales de lo que hacía -escribe el ficticio barbero-. Como declaré ante el Tribunal de Nuremberg, no sabía que Hitler era nazi. La verdad es que durante años pensé que trabajaba para la compañía de teléfonos. Cuando al fin me enteré del monstruo que era, ya era demasiado tarde para hacer algo, pues había dado un anticipo para comprar unos muebles".

Aquí, con ETA, hay muchos que alegan la misma ignorancia del barbero de Hitler. O lo que es peor, que aceptan la visión de ETA que convierte a los verdugos en víctimas y a éstas en culpables.

Albert Camus describió este fenómeno hace mucho tiempo: "Nuestra sociedad está harta de perseguidos y hace lo necesario para no verlos. Encuentra que ellos exageran, que realmente hay muchos y que se habla de ellos demasiado tiempo ya. Acaba por decirse a sí misma que no hay un perseguido que sea completamente inocente".

Bueno, pues a pesar de este pesimismo existencial, creo que merece la pena la lectura de "Tango de Muerte" porque nos ayuda a ser más conscientes de la sociedad en la que estamos y ese es el primer paso para poder cambiarla alguna vez.

Muchas gracias

Florencio Domínguez